



José Emilio Pacheco:
Lectura de
Vargas Llosa

No existe un "tipe" vertical y generalizado de la literatura iberoamericana, pero algunos de los escritores más significativos de nuestra época escriben en español y en portugués. Herederos de siglo y medio de conflictos entre la cultura y la fécula, entre las utopías socialidades del arte y el permanente anhelo de iberoamericanidad, entre nacionalismo y universalidad, estos poetas y novelistas han integrado en sus obras todas las contradicciones y las tensiones, han entendido definitivamente que la emancipación literaria sólo puede lograrse por medio de la realidad literaria.

Latinamericanos, no pueden escribir como europeos, entre otras cosas porque tienen la voluntad de no repetir los mismos errores: la minería y la explotación de las mayorías nacionales; porque nos falta el gran pasado literario de otros países y muchos de nuestros realidades todavía esperan que la literatura las explore y descubre. Latinamericanos, tampoco pueden escribir como si el movimiento moderno no existiera, como si no los discriminan las mismas fuerzas políticas, sociales, tecnológicas operantes en el resto del mundo; como si la cultura universal no fuera derecho de nacimiento para todos los hombres.

Carlos Fuentes dijo alguna vez que en nuestro continente el novelista tenía que ser simultáneamente un Balzac y un Michel Butor. Y crece al mismo tiempo su propia tradición y su vanguardia ha sido la tentativa—cada vez más efectivamente realizada—de Mario Vargas Llosa en las tres novelas que comentamos hasta ahora. José María Valverde lo entendió desde un principio al subrayar en el prólogo de *La ciudad y los perros* su incorporación "de todas las experiencias de la novela de vanguardia y un sentido clásico del relato: clásico en los dos puntos básicos del arte de novelar: que hay que contar una experiencia profunda que nos empuje al límite imaginativamente; y que hay que contarla con auto..."

11

Aunque la historia de casi todo ensayo importante es la historia de sus cambios de estilo, el primer libro ya suelta sueltas todas las reglas que se ampuñaron y definieron en la poética. Probablemente ni el autor ni sus contemporáneos eran ahora que en *Los jefes* —cuentos escritos entre los dieciséis y los dieciocho años— citó precisamente al Vargas Llosa de su madurez. No sólo porque lo más obvio el caso don de saber contar una historia, sobrevive a todas las limitaciones del aprendizaje, sino también porque allí están varias líneas que retoma en sus libros futuros. La lucha por la supremacía, por ser el "hombre fuerte" que se impugna al grupo o a la colectividad (en el cuento "Los jefes"), las leyes inmutables del universo ("El

dentro"), el repudio por dividir a los hombres en buenos y malos, así como la visión trágica de la irresponsabilidad ("El hermano menor"), las presiones que ejerce el círculo de amigos, la hipocresía, el mundo que es más perfecto porque se calla ("Día domingo"), la iniciación individual y la venganza solitaria de la pandilla ("Un visitante"), el carácter absurdo de la crueldad ("El abuelo"). Además en *Los hijos* aparecen algunos de algunos temas estilísticos como el de inicia: diálogos preterritos que complementan sin transición el relato presente (p. 43), procedimiento que se usó en el prólogo de *La ciudad y los perros* y en muchos párrafos de *La Cien Verde* —uno de sus protagonistas lituano, ya es personaje incidental en "Un visitante". Este y los dos primeros cuentos transcurren en Lima o sus alrededores: "Día domingo", en la zona litoránea de Miraflores, atmósfera de los capítulos que en *La ciudad y los perros* cuentan la adolescencia de Alberto, y también sobre todo de *Los cerros*: el libro más reciente —y también el más ilustrativo— de Vargas Llosa quien vuelve al clima de sus primeras creaciones para verlo desde la perspectiva que le han dado sus novelas mayores.

Los cachibores es una tragedia, una encarnación de la fatalidad referida por un mundo que se multiplica y subdivide sin apartarse jamás: el coro de amigos —Glorio, Chingolo, Mafioso Lallo— del protagonista, Pichula Cuellar. El coro lleva la acción, la comente y puntúa, y causa, elegantemente el desencanto. Pero antes nos introduce en la novela —como si fuéramos uno más de esos culpables que se ignoran culpables— mediante una inocencia sin pautas ni firmas, al grado de que todo el libro parece una sola frase alternativamente trónica, tierna, cruel, compasiva, imitable; una frase que abarca diálogos y acciones, que al cambiar las personas gramaticales y los tiempos del verbo hace que la realidad se mire desde afuera, y desde adentro del grupo, lleva los hechos al momento en que ocurren —el instante de la lectura, con todas las posibilidades abiertas— o los sitúa en la irreversibilidad del pecúnio. Partiendo de un esbozo de la niñez.

Todavía Restrepo puntualiza como este año, sin su finalización, que todos los deportes perfurien el fútbol y entrenamos aprendiendo a cerrar oír, a multiplicarnos desde el segundo traspaso del Tercero, y una travesía, los días, cuando, muy lejos, voy...

el libro recorre en seis capítulos infancia, adolescencia, juventud, y termina con el presagio del deterioro:

En los hombres hechos y derechos ya y seculares todos uníen, carro,
Ejército que estudiaban en el Chacabuguet, el Inmortalidad o el Santo
Mundo, o se sentaban conseruando una carta para el trabajo en Aca-
do, Nueva España o las almas del Sur, y sucesivamente a entender

AUTORÍA

Pacheco, José Emilio, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lectura de Vargas Llosa [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile